

tianismo no pudieron satisfacer á los misioneros. Ni podia ser de otra manera, por inauditos que fuesen sus esfuerzos. Desarraigar las supersticiones de un pueblo no es la obra de una generacion, y como ántes hemos hecho notar, si la idolatría no estaba desterrada por completo, sino muy superficialmente, por decirlo así, al ménos habian cesado los sacrificios humanos, y se habia sembrado la semilla que mas tarde habia de fructificar; se habia salvado de su total desaparicion á la raza indígena, y se habian echado los cimientos de una nueva sociedad que gradualmente iba siendo partícipe de los beneficios que solo alcanzan los pueblos despues de sufrir pruebas dolorosas y despues de apurar todo género de amarguras.

Si los misioneros se engañaron al creer que la conversion de los indios fué sincera desde los primeros tiempos de la predicacion; si su piadoso celo les hizo al destruir los ídolos acabar tambien con muchos documentos históricos cuya pérdida es irreparable, todo eso tiene fácil y natural explicacion, desde el momento en que nos trasladamos á aquella época, despojándonos de toda pasion y juzgando á aquellos hombres segun las reglas del criterio filosófico.

En cuanto á lo primero, es decir, á la falsa conversion de los indios, debe reflexionarse que ya no el apóstol animado de una fé acendrada y vivísima, los hombres de hoy calculadores frios, burlados cien y cien veces, dan crédito á apariencias engañosas cuando éstas parece que realizan sus deseos y colman su ambicion. Ademas, es preciso no olvidar cuán astuto es el indio en sus simulaciones, cuán diestro en ocultar la verdad, cuán propenso á guardar la mas profunda reserva.

Con respecto á lo segundo, ¿podemos los hombres de hoy exigir racionalmente á los del pasado, cuando pretendemos juzgarlos, que hubiesen pensado entónces como nosotros pensamos ahora? Cómo pretender que diesen la importancia que los adelantos científicos de nuestro siglo les conceden, á los documentos que ellos no entendian y que fácilmente podian confundir con los que encerraban la religion idolátrica que querian extirpar?

Vanas declamaciones que honran poco á sus autores, son las que se profieren cada vez que se trata de rebajar el mérito incuestionable de los frailes del siglo XVI, cuyos nombres están grabados en el libro de la inmortalidad, no por el influjo del fanatismo sino por el dictado de la razon filosófica.

No es pues de extrañar que los indios, indomables tratándose del conquistador, se hubiesen mostrado sumisos, dóciles á las indicaciones del misionero; no hay por qué sorprenderse de la prodigiosa actividad con que construyeron los templos y los monasterios, ni por qué asombrarse de que esos mismos indios, cuando temian perder á los frailes, diesen tantas muestras de dolor acerbo. Hay en el fondo del corazon del hombre, por inculto que se le suponga, un sentimiento noble y grandioso que lo nivela con el mas civilizado: la gratitud; y gratitud sin límites, amor profundo era lo que el indio sentia hácia su escudo y maestro: el misionero cristiano. Por mas que disintiese de él en la cuestion religiosa, no podia menos de reverenciarle; porque el sacerdote, todo dulzura, todo bondad, aparecia siempre formando la antítesis mas completa con el feroz conquistador, con el codicioso encomendero. La humildad de aquel, en su traje y en sus acciones, comparada con el insolente orgullo y la crueldad de éste, ¿qué otras pasiones podia engendrar en el corazon del indio, que amor al uno y odio al otro? Por obtusa que se le suponga, y que no lo era, la inteligencia del indio, ¿podia dejar de reconocer los beneficios inmensos que debia á aquellos sacerdotes que en vez de aliarse á los de su raza, nulificaban sus intentos si eran encaminados á dañar mas y mas á los vencidos y subyugados aztecas? ¿Cómo no ofrecerles entónces con largueza sin límites el oro que negaban con teson á los que lo exigian por medio de la fuerza?

No es un mal entendido patriotismo ni una preocupacion religiosa los que guian nuestra pluma al establecer un paralelo entre los soldados y los frailes del siglo XVI. Reconocemos la grandeza verdaderamente heroica de los primeros, en los campos de batalla, y cuan-

do repasamos la historia de su portentosa empresa, no solo les admiramos, sino que comprendemos por qué la lira del poeta no se ha creído capaz de cantar aquella gloria, aquel valor temerario del conquistador, y comprendemos el entusiasmo con que Solís y Prescott narran aquella campaña en páginas inmortales.

Reconocemos el genio superior de Cortés al dar organizacion á la nueva sociedad por él fundada, y le colocamos entre los mas grandes capitanes que la humanidad ha producido.¹ Mas no podemos ver con indiferencia, no podemos justificar los atentados con que quiso sellar una obra que tenia por objeto, si nos hemos de atener á sus propias aseveraciones, la propagacion del cristianismo en el vasto territorio del Anáhuac.

El, á quien por su génio nada se ocultaba, no podia dejar de comprender que no era la espada del soldado sino la cruz del sacerdote, la que podia consumir la conquista, y que cuanto él y los suyos hacian no servia sino para retardar el triunfo completo del apóstol sobre los indios. Mas es tiempo ya de apartarse de estas consideraciones, para dar por terminada esta introduccion.

Antes de hacerlo así, veamos de qué manera se fundó el Episcopado mexicano, suceso que vino á hacer efectivo el cristianismo en este país.

Ya hemos dicho que Cortés indicó al rey que no se erigiesen obispados, sino que tan solo viniesen misioneros apostólicos. Al principio fué obsequiada aquella indicacion; pero luego se hizo indispensable desecharla.

Fr. Julian Garcés, dominico, encargado del despacho, en Madrid, de los negocios de Indias, y confesor del obispo de Burgos, fué nombrado obispo de Cuba y despues de Cozumel cuando se creyó que aquella isla era de grande importancia. Extendióse despues su obispado á Yucatan y Tlaxcala, y llegó á la Nueva-España en momentos de verdadero conflicto.

La guerra civil era inminente. Gobernaba á la sazón el tesorero Alonso de Estrada, quien habia echado de la capital á Cortés. En estos momentos llegó el obispo de Tlaxcala y logró evitar el temido rompimiento. Así, la presencia de un sacerdote fué una vez más, bastante para librar al país de nuevas luchas, de nuevos desastres, y ella tambien como habrá de verse en las páginas de esta obra, fué en el curso de la dominacion española el mejor apoyo de la Corte, que habria perdido los dominios conquistados si, solos los conquistadores, hubiesen podido dar rienda suelta á las pasiones de que estaban dominados por completo.

Presentó sus bulas Fr. Julian Garcés en el cabildo de 19 de Octubre de 1527, y se acordó que fuesen obedecidas. Pero ni su avanzada edad, ni la extension de los terrenos ya dominados, permitian que un solo obispo gobernase la Nueva España.

De allí el origen del Episcopado mexicano erigido en 1528, como se verá en la biografia del primer prelado de los que forman la galería que vamos á presentar, y que era forzoso hacer preceder de la relacion histórica que hemos hecho en esta introduccion.

El objeto del trabajo que hemos emprendido, y el carácter de él están expresados en las siguientes líneas estampadas en nuestro prospecto, y que no creemos fuera de propósito reproducir:

“Esta obra tiene por objeto llenar un vacío en la historia patria. Cuenta el Estado con narraciones más ó ménos completas, más ó ménos exactas, en que se han reunido los materiales que han de servir al historiador filósofo que tome á su cargo la empresa de escribir el nacimiento, desarrollo y progresos de la nacion mexicana; pero la Iglesia carece todavía de un libro imparcial en que estén recogidos tantos materiales dispersos como existen para

¹ En la vida de Cortés no sabe uno qué admirar mas, si al guerrero ó al político. Parece increíble que aquel hombre templado para los grandes hechos, hubiese tenido tambien dotes gubernativas como las que desplegó, estando presente en todo, lo mismo al abrir caminos como el de Veraacruz á México y el de Tampico, como para fundir cañones y hacer pólvora, y para introducir el ganado mayor y menor, la caña de azúcar etc. etc., y hacer practicar reconocimientos en ambos mares.

formar su historia. Enlazada ésta íntimamente con la civilizacion europea traida por los misioneros que cooperaron á la conquista, es un hecho fuera de toda duda que ha de ser de inmensa utilidad una obra en que se encuentren reunidos siquiera sean los principales elementos que ha menester quien, para trazar una historia completa, ha de colocar á la Iglesia y al Estado en el verdadero punto en que cada uno debe estar, sin destruir por eso el lazo de union que entre ambas entidades ha existido hasta una época no lejana. Caminaron paralelamente, puede decirse, la Iglesia y el Estado, hasta mediados del siglo actual, á partir desde el XVI en que se consumó la conquista, y toca en verdad una parte gloriosa á la primera, á la Iglesia, en los anales de nuestra civilizacion. El divorcio que mas tarde ha venido á consumarse, en medio de una lucha desastrosa pero inevitable, no es una causa legítima para no conceder á cada uno la parte de gloria que en justicia le corresponde. Calmada hoy, por fortuna, la excitacion producida por el rompimiento indicado, es ya tiempo de examinar fria y desapasionadamente los títulos que la Iglesia tiene á la consideracion y al respeto de los que, á la luz del criterio histórico y filosófico, estudian el progreso de los pueblos. Vastísimo plan es ese, y ciertamente que no osamos desarrollarlo por completo, en atencion á la magnitud de la empresa, superior á nuestras fuerzas. Empero la historia del *Episcopado mexicano*, ó sea la GALERIA BIOGRAFICA DE LOS ILLMOS. SRES. ARZOBISPOS DE MEXICO, DESDE LA EPOCA COLONIAL HASTA NUESTROS DIAS, contendrá, como su solo título indica, datos preciosísimos cuya importancia histórica seria ocioso encarecer.

“Nos anima á publicar esta obra el deseo de ser útiles á nuestra patria. Para llevarla á feliz término no contamos sino con nuestra buena voluntad y con la benevolencia del público lector. Preside á nuestros trabajos la imparcialidad indispensable en una obra de esta naturaleza. No vamos á escribir segun un sistema preconcebido, ó por mejor decir, guiados por opiniones políticas ó religiosas de partido. Personas mas aptas existen que, segun las ideas de cada una, podrian desempeñar la tarea para hacer prevalecer sus opiniones. Rendimos culto ferviente á la VERDAD; respetamos á la sociedad para la cual escribimos y nos respetamos tambien, para convertir esta obra en eco de pasiones personales. No ambicionamos, por otra parte, el grandioso título de historiadores; lealmente confesamos que vamos á compilar datos dispersos para ponerlos al alcance de todos y para facilitar su estudio al que se crea capaz de formar la verdadera y completa historia de la Iglesia mexicana. Las fuentes históricas de que nos hemos servido constarán en el curso de nuestro trabajo, bastando asegurar por hoy, que son puras y por lo mismo dignas de crédito.”

Estas promesas, que estamos resueltos á cumplir fielmente, serán, así lo esperamos, una garantía para el lector, cualquiera que sea su modo de juzgar las cuestiones religiosas.

Nuestra única ambicion consiste en que alguno pueda exclamar despues de leer este libro: HE AQUÍ UNA OBRA EN QUE SOLO SE RINDE HOMENAGE A LA VERDAD Y A LA JUSTICIA.

México, Octubre de 1877.